

Las ideologías del 18 de julio:

LA DERECHA

Manuel Fraga Iribarne



1. Una mirada retrospectiva

Para explicar con un mínimo de objetividad las razones, así como el comportamiento de la sociedad española, durante la II República y en el período inmediatamente anterior y durante la pasada guerra civil, es preciso lanzar una mirada retrospectiva, partiendo de los comienzos del siglo XIX, período éste fundamental que constituye el comienzo de una serie de hechos y situaciones los cuales han venido evolucionando de una manera u otra hasta nuestros días.

Durante el siglo XVIII España había mantenido su «status» y hasta su íntima convicción de gran potencia, independientemente de los evidentes signos de clara decadencia ya por entonces advertidos. Es en este período cuando aparecen importantes reformadores, los cuales reconocen el peso negativo de los obstáculos tradicionales como son los hiperconservadores gremios y la tierra encadenada a las «manos muertas» de la nobleza, la Iglesia y las comunidades rurales. Como señaló ROMAN PERPIÑA: «En España, el transformismo de la estructura y la acción pú-

blica era patente en ideas (Campomanes, Jovellanos) y en hombres públicos de acción (Ensenada, Florida-Blanca, Godoy, Cabarrus). Cataluña por su parte ya tenía más de un cuarto de siglo de hombres de empresa, técnicos industriales y artesanos, así como comerciantes. La política económica tuvo realizaciones trascendentales dando un viraje institucional: abolición de la mayoría de las aduanas interiores o puertos secos; libertad del tráfico prácticamente con toda América desde casi todos los puertos de España; unificación monetaria e intentos en pesos y

medidas; inicio de centralización y unificación de la hacienda con la creación de la superintendencia general.

Al propio tiempo las creaciones e inversiones oficiales se sucedían: fábricas reales, maestranzas con industria mecánica, construcciones navales, obras de puertos, canales (Aragón, Tauste, Júcar), organización de postas, ya factible mediante el esfuerzo que supuso la red radial de caminos reales». Estas ideas reformistas tenían algo de voluntarismo y de imitación, pero no cabe duda de que eran enormemente positivas y que de alguna manera contribuyeron a que, como ha señalado LASNEN, «España, al terminar el siglo XVIII, no era país atrasado como se ha dicho y su nivel económico era similar al de Europa Occidental».

En 1789, se produce en Francia la gran revolución de los



Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Cuadro de Goya.



Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Cuadro pintado por Goya en 1801. (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid).



La jornada revolucionaria del 20 de junio de 1792. (Paris, Museo Carnavalet).



Apertura de las Cortes Constituyentes de 1812.

tiempos modernos. Su impacto en la Historia de España es tan decisivo, que seguimos viviendo aún sus últimas consecuencias. Como ha señalado el profesor JESUS PABON, «nuestro drama contemporáneo arranca de la Revolución francesa: todos los problemas de dos siglos se originan en la doble invasión de las armas y las ideas ajenas y vecinas». Ante los sucesos de Francia en 1789 se hunde la moral de los hombres de la Ilustración y con ello se pierde una gran oportunidad histórica de cambio traumático. Se produce una disociación de la conciencia interna de España. El hecho histórico de la Revolución obliga a los españoles a definirse, a tomar partido y aquella disociación pasó a ser un fenómeno de actitudes, definiendo en gran manera lo que había de restar de historia de España.

Cuando la gran historia de España se hundía en Trafalgar, alboreaba un nuevo siglo cuyas características pueden resumirse en dos palabras, tanto en sus etapas más significativas como en su conjunto: **Cambio y Caos**. Porque la evolución histórica de España a lo largo del siglo XIX no es sólo una historia caótica, sino que es también, son todas sus sobras, violencia, retraso y vergüenza histórica, el devenir de una España distinta. Por eso el cambio, para bien o para mal, resulta más característico que el caos aunque éste lo condicione y lo conturbe. No queremos caer en la fácil tentación de juzgar a un siglo, inequívocamente trágico, a la ligera y por eso, pese a que su comienzo y final se enmarcan en dos grandes desastres, Trafalgar por un lado y Cuba

LA MAZA DE FRAGA
SOBRE
LOS FILOSOFASTROS LIBERALES
DEL DIA:
Ó CARTAS CRÍTICAS
DEL FILÓSOFO RANCIO,
QUE IMPUGNA
Á LA ANTIGUA Y NO Á LA FRANCESA,
LOS APLAUDIDOS DICTÁMENES DE LOS MAS ACREDITADOS
LIBERALES REUNIDOS EN CÁDIZ.

MADRID
IMPRENTA DE DON FRANCISCO DE LA PARTE.
1812.

Se hallará en la librería de Alejandro Rodríguez, calle de las Corretas.

Facsimil de la portada de uno de los muchos panfletos que circularon por España, atacando la actitud liberal de los Diputados, en el Cádiz de las Constituyentes.

y Filipinas por el otro, merece la pena que profundicemos algo más en esta etapa.

Durante el siglo XIX la política interior de España se caracteriza por su superficialidad, quedando reducida a la mínima expresión la política exterior. COMELLAS hace un resumen que, al menos guarismáticamente, resulta sobrecogedor: «130 gobiernos, 9 Constituciones, 3 des-

tronamientos, 5 guerras civiles, decenas de regimenes provisionales...». El cambio se concreta en la transfiguración de la sociedad y de la vida española desde el Antiguo Régimen a otro que es difícil calificar de nuevo porque nace cansado. El Antiguo Régimen comportaba una seguridad ideológica total en sí mismo. Se perdió la oportunidad de mejorarlo y transformarlo por la vía de



Combate cerca de Camajuani, durante la guerra de Cuba. (Croquis del corresponsal de «The Illustrated London News»).

la Reforma que pudo muy bien haber sido la Ilustración. Del Antiguo al Nuevo Régimen hay un tránsito: la Revolución. Este hecho constituye además de una transformación profunda, una arritmia, un vacío, una pérdida de pulso, a un lado y al otro del Atlántico. La transformación antedicha no acaba de realizarse en todo el siglo XIX, ni tampoco en buena parte del XX. Quizá por eso trata de liberar su insatisfecha energía por las grietas de la historia en forma de frustraciones, tragedias, de guerras civiles... La disociación de la conciencia nacional a la que antes aludíamos se perfila muy pronto en la pugna de las dos Españas. La historia de las ideas en la España del siglo XVIII ofrece ya, desde luego, un claro antecedente

de esa disociación, a la que cabe buscar remotas raíces en las primeras minorías intelectuales dignas de tal nombre, vigorosas, aunque a la vez restringidas y dispersas en los mismos albores hispanos de la Edad Moderna. Pero las dos Españas son una realidad en el delicado momento de la quiebra del Estado ante la pujanza revolucionaria francesa. Al pueblo español se le fuerza a identificarse con una de las dos Españas; a dividirse bajo ellas. Con una frecuencia más o menos completa se logra este propósito suicida, e incluso se fingen terceras Españas absolutamente artificiales y sobre todo de espaldas al pueblo, a la tercera España, que constituye la gran incógnita que trató de escapar desesperada e infructuosamente de la

trampa dialéctica que suponían las otras dos.

Así, mientras las clases política y dirigente suelen alinearse casi al completo en los bandos de las guerras civiles, afloran datos aislados (la tercera España queda siempre incomunicada) pero suficientes para saber que existe una profunda capa nacional que, durante la exteriorización del conflicto se siente marginada y violada; sabe que aquella no es su historia y sigue esperando que alguien suscite su verdadero futuro.

Las dos Españas nacen, eso sí, enfrentadas a muerte. Asumen durante los siglos XIX y XX diversas etiquetas. De 1814 a 1840 el tema central de la historia española es la lucha de absolutistas y liberales por el poder. Los primeros pretenden mante-

Antonio Cánovas del Castillo.
(1828-1897).

ner los rasgos más reaccionarios del antiguo régimen y los segundos buscan un cambio a veces más teórico y romántico que pragmático y eficaz. El antagonismo entre las posiciones fue tal que no pudo ser posible la creación de un sistema político que les permitiese dirimir el conflicto dentro de unas normas de convivencia establecidas. En Inglaterra y Francia se alcanzaba el equilibrio mucho antes, pero no olvidemos que la primera nación superó su guerra civil constituyente en el siglo XVII y Francia la plantearía de forma tajante y cartesiana a finales del siglo XVIII. En España, ajena a las convulsiones religiosas que tanto afectaron a Europa, el concepto de guerra civil fue durante mucho tiempo un absurdo. Haría falta desde 1808 un siglo y un tercio para plantearla y dirimirla. Porque la historia de 1808 a 1936 es la historia larvada o declarada de un conflicto civil. Con retraso europeo llegó éste a España; se adelantó en cambio, la hora del liberalismo político. Es este un país de desajustes esenciales difícil de encuadrar desde dentro y desde fuera.

2. La Reforma mal dirigida. La excepción de Cánovas

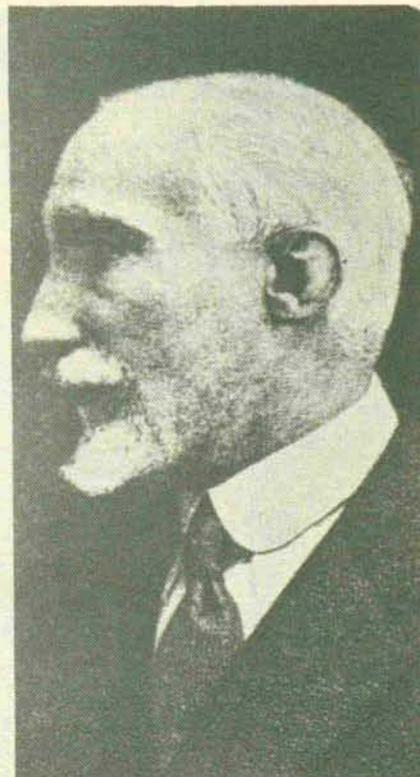
En este análisis cuyas limitaciones de espacio, han de

José Canalejas y Méndez.
(1854-1912).



restarle necesariamente profundidad, es necesario señalar algunos intentos serios de reforma y de superación de las crisis. Mientras el resto de España se debatía en la guerra de la Independencia, en la ciudad de Cádiz, una fundamental y ancestral institución española, las Cortes, trataba de buscar una salida. En estas Cortes se plantea ya una controversia que pudo ser, de lograrse un mínimo de armonía dialéctica, fecunda y precursora; pero quedó por desgracia en planteamiento constitucional de la guerra civil. Y no porque

la Constitución de 1812 fuese tan sectariamente liberal como pretendían los «serviles», sino porque se hizo fracasar el intento centrista e integrador de un grupo de hombres renovadores que al margen de reaccionarios o radicales trataban de buscar una salida posible a una situación tensa y envenenada. Obvio es recordar que los serviles se aferraban irracionalmente al tiempo y a las ideas del pasado y que los liberales radicales se entregaban sin lucha a la imitación foránea lo mismo que con su sangre y su ilusión defen-



Antonio Maura y Montaner. (1853-1925).

dían, a veces ellos mismos también, en campañas y barrancos de la resistencia. Los reformistas, los únicos capaces de sintonizar con esa tercera España crítica y oculta pero de seguro mayoritaria, quedaban ahogados en su noble misión pontifical por las dos minorías enemigas que nacían a la conciencia política del país como irreconciliables.

Y Cádiz fue sólo el principio. Se perdieron las colonias de ultramar. Desastrosos reinados y desaciertos políticos de toda índole llevaron a España el caos y al desconcierto. El cada vez más ficticio entramado político que se alejaba más y más del pueblo; la intransigencia religiosa de los del «Vivan las caenas» y viva la Inquisición; las reformas sectarias, a destiempo y llenas de venalidad; el desprestigio exterior y lo más importante: el nacimiento de la cuestión social al irse lentamente industrializando el país, fue-



José Ortega y Gasset. (1883-1955).

**CANDIDATURA del
FRENTE NACIONAL CONTRARREVOLUCIONARIO
POR MADRID (CAPITAL)**

José María Gil Robles Quinones
 José Calvo Sotelo
 Antonio Royo Villanova
 Ángel Velarde García
 Román Oyarzun Oyarzun
 Rafael Marín Lázaro
 Luis María de Zunzunegui Moreno
 Honorio Riesgo García
 Mariano Serrano Mendicute
 Gabriel Montero Labrandero
 Antonio Bermúdez Cañete
 Luis Martínez de Galinsoga y de Laserna
 Ernesto Giménez Caballero

Lista de candidatos de la derecha española (Frente Nacional Contrarrevolucionario), en las elecciones de febrero de 1936.

ron configurando lo que después sería la profunda crisis del siglo XX, tan sólo atemperada durante el período canovista.

No fue posible, pues, al menos hasta finales de 1874, hacer un planteamiento serio de Reforma. Desde 1808 hasta ese momento, la sociedad, las instituciones, los políticos, España en suma, careció de un proyecto de Estado. Es éste un período en el que España pasa por la Historia Universal de forma desvaída, burlesca, casi sin existir. Los problemas se

acumulaban: la forma del Estado, las guerras civiles (la Carlista y la Cantonal), la cuestión cubana (la guerra chiquita), los problemas religiosos, el desprestigio internacional y una larguísima lista de cuestiones pendientes que hacían casi inexistente a España como nación en el preciso momento de gestarse las grandes potencias.

Es entonces cuando aparece CANOVAS DEL CASTILLO. De su mano se gesta la Restauración. Se supera milagrosamente el caos político y

espiritual y se trata de continuar de verdad la historia de España. La Restauración fue esencialmente un acto de fe en la convivencia hispánica, fundamentada en el aspecto positivo del sentimiento nacional ante el caos: el ansia de vivir después de las inseguridades, los deliquios y los dilates revolucionarios. La Restauración tuvo un proyectista, un intelectual y a la vez un político de talla excepcional: ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO. El hizo la síntesis: se sumó el moderantismo antiguo a las tolerancias y transacciones con el espíritu nuevo que representaba el Partido liberal conservador. Creó, puede decirse, el partido liberal que absorbió parte del republicanismo histórico y fue sabiamente dirigido al Estado en el sentido de asegurar cada día más los derechos constitucionales y la garantía de las libertades públicas. La obra vigente, fundamental, que de ser terminada hubiese sin lugar a dudas alterado el curso de la historia de España, se vio interrumpida por el asesinato del gran estadista, sin completar su obra, pero dejando claramente señalado para las generaciones venideras el único camino viable: el de la moderación, la firmeza, la reforma, palabra ésta sobre la que nunca me cansaré de insistir porque en ella reside la clave de la superación de todas las contiendas que nos han aquejado y aún pueden conturbarnos. Reformar implica dinamizar y asumir sin traumas, incorporando al quehacer político, el sentir histórico del momento, esos vientos del pueblo que cuando por no ser advertidos, se transforman en ciclones revolucionarios. Porque

frente a la revolución que necesariamente implica destrucción aun para construir después, se halla la reforma que supone la construcción permanente, adecuando y modificando ideas e instituciones a las necesidades de cada momento.

3. El enfrentamiento final

Pero CANOVAS hubiera necesitado continuadores. Los tiempos cambiaban y él que conocía mejor que nadie su sistema sin duda lo hubiese ido adecuando a la marcha de los tiempos. No se hizo así. Los políticos de los primeros años del siglo XX (con la excepción de MAURA y de CANALEJAS, dos esperanzas frustradas por razones distintas de cuya pérdida o desaprovechamiento, sin duda, cara factura nos ha pasado después la Historia) no hicieron por alterar el rumbo de las cosas. La cuestión social, reconducida sabiamente en otros países como Inglaterra o los Estados Unidos, aquí fue ignorada o mal interpretada. La crisis del 98 provocó un movimiento intelectual vital, importante, esplendoroso, pero que tuvo la enorme desgracia de no ser capaz de producir un estadista junto a la pléyade de pensadores que como UNAMUNO, ORTEGA y tantos otros, tantas páginas de gloria han dejado para la posteridad. La sociedad española vivió también de espaldas a la realidad y de las rentas del sistema canovista que *funcionó* y mantuvo al país aceptablemente hasta 1923.

Las consecuencias de la guerra de 1936 no sólo hay que buscarlas en la existencia de un orden social injusto que reconocemos, ni en un radicalismo infantil y poco pragmático. Fundamentalmente se produce por una falta de visión del camino a seguir, por una falta del sentido del equilibrio. Sobraron teóricos e intelectuales y faltaron estadistas. MANUEL AZAÑA, que por sus cualidades personales pudo serlo, cayó en la tentación del sectarismo y de la intransigencia, hiriendo determinadas sensibilidades y produciendo desgarros en el cuerpo nacional que contribuyeron más aún a propiciar el clima que había de hacer posible el enfrentamiento civil. Ni la izquierda ni la derecha estuvieron a la altura de las circunstancias. La primera no supo moderarse,

no supo esperar, no supo entender que para pintar el Guernica, PICASSO tuvo que hacer primero muchos ensayos, estudios y bocetos; la segunda, la derecha, liberal y moderada en los decenios anteriores, se fue radicalizando y no supo, cuando tuvo ocasión de ello, dar la respuesta firme pero serena que hubiera cabido esperar. No fue posible la paz porque no se pensó en España y en su destino con la amplitud de miras suficiente. Cada parte hizo su interpretación del problema y surgió la confrontación primero dialéctica y después violenta. Faltó, en el momento preciso, además de generosidad, el hombre capaz, el estadista que como CANOVAS, sintonizase con los anhelos de esa tercera España que sigue esperando su verdadera oportunidad. ■ M. F. I.



Manuel Azaña y Díaz. (1880-1940).